1. EL VIAJE DE LA ESCRITURA

Hay palabras que contienen un universo, porque hay palabras que contienen la vida. Novela es una de ellas. Decirla en voz alta ya nos arrastra. Nos abre puertas a caminos infinitos. A vidas que no son nuestras, pero que, al leerlas, lo son más que la propia. A un orden que no existe sin letras. Escribir ordena. Escribir, nos ordena.

Peter Pan, el niño que nunca crece, nació tras la muerte del hermano mayor de JM Barrie. Anne Rice escribió en poco más de un mes *Entrevista con el vampiro*. Su hija de cinco años había muerto poco antes. Pero escribir no está relacionado con morir, ni siquiera con sentirse mal. Al contrario: hemos de escribir cuando estamos mal y cuando estamos bien. El hecho de crear vida a través de las palabras merece otro verbo, uno distinto, más acorde con lo que significa. Escrivivir sería más adecuado. Escrivividores, es lo que somos.

Es lo que soy yo, y es lo que eres tú, que me estás leyendo y que te planteas darle forma de novela a algo que, de momento, solo está en dos partes de ti: en tu cabeza y en tu corazón. Tienes ganas de escribir, pero no sabes bien cómo hacerlo. O tal vez te niegues la posibilidad de ser lo que eres, porque realmente eres una escritora, un escritor. Si has llegado hasta aquí es porque tienes la necesidad de contar por escrito una historia que te corre por las venas.

Y eso te convierte en escritor, de la misma manera que lo son los autores y autoras a los que no dejas de leer. Al margen de lo que pase con lo que escribimos está la necesidad imperiosa de escribirlo. Como comer, como dormir, como beber o como cualquier otro verbo que se os ocurra. No es un deseo ni un impulso: es una necesidad.

En este manual vas a encontrar las reglas elementales para que el proceso de escritura te resulte más sencillo, pero sobre todo, en estas páginas hay dos ideas básicas. La primera es esta: para escribir tienes que darte permiso. Tienes que dejar de pensar que tú no puedes, no sabes, no debes. Porque no es cierto.

Y la segunda tiene que ver con hacértelo fácil y no hay mejor manera para conseguirlo que planificar lo que quieres escribir antes de escribirlo. Decía Jules Renard que escribir era una manera de hablar sin ser interrumpido y en esa línea, planear la escritura es una manera de no perder el hilo de lo que uno quiere decir. No se trata de seguir un guion rígido, sino de comprender que incluso las novelas más intuitivas tienen una lógica interna que sostiene su emoción.

Por eso, antes de empezar, conviene que mires tu historia desde fuera. Pregúntate: ¿qué quieres contar realmente?¿cómo quieres contarlo? ¿qué quieres transmitir y qué quieres que sienta quien te va a leer? Las respuestas no serán una fórmula, sino una brújula. Y escribir una novela, al fin y al cabo, es emprender

un viaje: nadie querría hacerlo sin mapa, sin mochila, sin saber si va al norte o al sur. Aunque luego te salgas del camino

Porque escribir es como viajar, así que vamos a enfocar este tiempo que vamos a compartir como si fueran nuestro propio viaje.

Y cuando empezamos un viaje, lo esencial es comprometernos. Vamos a viajar, y no abandonaremos el viaje pase lo que pase. Y luego podemos pensar dónde queremos ir, con quién, en qué medio de transporte, en qué tipo de alojamiento, de cuántas estrellas, por cuánto tiempo. Y eso es lo primero que tenemos que hacer con nuestro proyecto de escritura, comprometernos, al mismo tiempo que nos hacemos una pregunta vital: ¿por qué quiero hacerlo? No para qué. ¿Por qué? Nuestra motivación es la gasolina que va a hacer que nuestro viaje siga adelante. Porque es largo, a veces pesado, a menudo nos quitará tiempo para hacer otras cosas como dormir, como estar con nuestros amigos o nuestras familias, o nos hará pensar que el resto del tiempo que no le estamos dedicando a escribir es un tiempo perdido. Nos sentiremos cansados, frustrados, angustiados. Pero si sabemos por qué lo hacemos, será menos cansado, menos frustrante y, desde luego, mucho menos angustioso.

Yo escribo porque el mundo, escrito, me resulta más soportable. Porque hay momentos que no puedo soportar si no escribo. Porque me siento menos sola.

Porque cuando leo, siento que hay alguien al otro lado, y yo quiero ser ese alguien para otra persona.

¿Por qué quieres escribir tú?

Escribir es como viajar, decía. Hay personas que viajan por placer y personas que viajan por diversión. Hay viajeros y hay turistas. Un turista viaja para divertirse, no siempre con cuidado, no siempre con respeto, pero lo pasa bien

Un viajero en cambio viaja por el gusto de viajar de conocer otros mundos otras culturas otras vidas. Es una manera de ser, de estar en el mundo, por placer.

En la escritura todos deberíamos ser viajeros. En el momento de escribir deberíamos hacerlo por nosotros mismos sin pensar en qué ocurrirá luego con lo que hemos escrito, porque lo que escribimos al final es como un pájaro que no sabemos dónde va dónde se va a posar cuál será su vuelo. Pero, eso sí, podemos intentar dirigirlo.

La magia de la escritura

Hay algo profundamente misterioso en el acto de escribir. Una historia no existe. No está en ningún sitio. Y sin embargo, nace. Desde el corazón, pasa al pensamiento. Del pensamiento, a los dedos. Y de los dedos al papel. A la pantalla. A los ojos de otro.

Ese otro, que nunca has visto, lo lee. Lo siente. Lo interpreta. Y entonces ocurre el milagro: lo completa.

Lo que empezó en ti, termina en otro. Eso es magia. No hay otra palabra.

La creatividad fue concebida originalmente como una fuerza divina o sobrenatural, representada por figuras como las Musas en la antigua Grecia, que inspiraban a poetas y artistas desde fuera. En el mundo religioso occidental también se consideraba que solo Dios era el verdadero creador, mientras que la inspiración humana era vista como una manifestación de lo divino o revelación.

Durante el Renacimiento, este paradigma sufrió una transformación notable: la creatividad pasó de considerarse un don externo a convertirse en una capacidad interna, individual y humana. Gracias al Humanismo, se reivindicó al artista como génesis de su obra. En este contexto, el «genio» dejó de ser una entidad observadora y externa, para convertirse en el atributo esencial del artista inconmensurable, una idealización con consecuencias psicológicas profundas.

Recuperando esa idea primaria, Elizabeth Gilbert propone una visión reparadora en su charla *El genio de la creatividad*: argumenta que es menos dañino concebir la creatividad como una fuerza externa o «genio visitante», que como un atributo personal inmutable Esta perspectiva, además de aliviar la carga del ego creador, nos permite entender el proceso creativo como una colaboración misteriosa entre nosotros y algo más grandioso, liberándonos del temor a

equivocarnos o a no estar a la altura. Y dice algo más: tanto si el genio te visita como si no, tú has de hacer tu parte. Yo siempre recomiendo ver esta charla al inicio de todas mis clases. Es inspiradora, y tranquilizadora.

Que no se te olvide. Haz tu parte.

La Santísima Trinidad de la creación

Aristóteles definió los principios de la creación hace más de dos mil años, en la *Poética*. Entre otras muchas cosas de infinita utilidad, dejó dicho bien claro que los escritores no contamos las cosas como ocurrieron sino como deberían haber ocurrido. Por eso, se dice tantas veces que la literatura imita a la vida. Pero no se limita a imitarla: la corrige y la mejora.

La literatura, la novela, manipula la realidad para darle forma, para darle sentido. En la vida pasan cosas, y la mayoría de las veces son incomprensibles. ¿Por qué ocurren los accidentes? ¿Por qué nos toca la lotería? ¿Por qué hemos conocido a esta persona? No lo sabemos y si creemos que lo sabemos es porque rellenamos lo que no sabemos con nuestra imaginación.

Pero la verosimilitud, la coherencia y la causalidad son la Santísima Trinidad de la novela, el dogma de fe que las sostiene:

▪ **Verosimilitud**. La verosimilitud es lo que hace creíble lo que estamos contando, por increíble que parezca. Hablamos de verosimilitud narrativa, de lógica ficcional dentro del universo que contiene una novela.

Hay un truco previo, un pequeño secreto que conocemos como lectores pero que explotamos como escritores: el llamado «Pacto lector». Cuando nos disponemos a leer un libro nos comprometemos a creer lo que nos va a contar, suspendemos la incredulidad con la que vivimos y nos entregamos al disfrute de la lectura. Pero no es un cheque en blanco: el autor, la autora, antes, ha firmado también su parte del pacto y se ha comprometido a contarnos su historia de la forma más creíble posible, de la forma más verosímil posible.

▪ **Coherencia.** Todo tiene que ser coherente, ya lo hemos visto, pero ¿qué es la coherencia aplicada a la novela? La lógica, simplemente. Todo tiene que ser el criterio lógico que queramos imponer.

Un ejemplo muy corriente: nuestro protagonista tiene miedo a los perros debido a un incidente traumático en su infancia. A lo largo de la historia, este miedo se refleja en sus acciones y decisiones, y finalmente, al enfrentarse a un perro en una situación crucial, logra superar su temor gracias a un proceso de aprendizaje interno coherente con su desarrollo como personaje. Esto es coherente. Pero si en esa misma novela, de repente, el protagonista supera su miedo a los perros sin una razón clara o una evolución lógica en su carácter. Esta falta de coherencia rompería con la verosimilitud del relato, ya que no estaría fundamentada en la lógica interna de la historia ni en la construcción del personaje.

▪ **Causalidad.** A nuestro protagonista anterior le ha mordido un perro de pequeño. Este incidente le ha traumatizado. Causa/efecto. Esto es la causalidad. Si metemos este incidente, esta mordedura, pero no pasa nada después, estaremos infringiendo un mandamiento literario, el que nos dice que todo lo que pasa en una novela es causa de algo que ha pasado antes y provoca una consecuencia que veremos después, y además habremos mencionado en vano el nombre de Chéjov. Chéjov fue quien dijo: no metas una pistola en una escena si no piensas dispararla, y dio nombre a una teoría literaria con ese nombre, la pistola de Chéjov: todo elemento que se introduce debe tener una razón de ser y cumplir una función en la historia.

La causalidad es fundamental para darle coherencia y verosimilitud a la historia, ya que permite que los acontecimientos se encadenen de manera lógica y creíble, manteniendo así el interés del lector y contribuyendo a la cohesión del relato

La vida no es siempre verosímil, ni es siempre coherente, ni siempre se sigue la relación causa efecto. Pero en la novela encontramos ese oasis, ese lugar donde todo tiene un por qué, una razón de ser, donde los malos pagan por sus malas acciones y si no pagan, es por algo, por algún motivo que al autor le ha parecido bien introducir en la ecuación.

La novela, en definitiva, es un acto de fe. Fe en que hay sentido, en que las historias importan. La vida es